

Oí decir que los esclavos tenían una vida, en lo que cabe, feliz despues de que los compraban. Son tratados como criados, y les alcanzan esas antiguas distinciones patriarcales. Esto me causó algun consuelo al apartarme de este lugar de los horrores.

Despues ví en los bazares á algunas moras que, con semblante alegre, iban acompañando á sus amas cubiertas con sus velos. La miseria espantosa está en el estado primitivo de estos hombres, y solo la civilizacion es la que les puede dar ayuda.

CAPITULO VII.

EL BAZAR DE ESMIRNA.

¿Quién es aquel que no ha leído las Mil y Una Noches? ¿Quién es el que no ha soñado en ese lujo asáitico, de la abundancia y de la magnificencia oriental, y de las encorvadas y fantásticas figuras de los camellos cargados de tesoros? ¿Quién no ha oído hablar del útil amigo doméstico de Oriente, el industrioso asno? Todo esto lo encontrará reunido el lector en las calles de Esmirna, las que están cubiertas con madera y colgaduras de lienzo, y esto es á lo que los musulmanes llaman bazares.

Cuando me encontré por vez primera en estas calles largas y cubiertas de lo alto, me imaginaba

estar soñando. Todos andaban, vestidos con diversidad de colores, y dando, uno tras otro, los gritos mas confusos. Todos los sentidos se ponen en juego, y se pasa algun tiempo ántes de que se sienta uno familiarizado, y aun entónces las formas son tan confusas entre sí, que es sumamente difícil el describir la impresion que me causó.

El bazar está situado entre la parte turca y la francesa de la ciudad. Ocupa un gran espacio y sus calles se cruzan por todas direcciones. En el centro, y sobre un pequeño cuadro, hay varias mezquitas, grupos de árboles, fuentes de mármol y baños públicos que, juntos con innumerables barracas, forman un contraste variado y agradable.

La razon por la que se encuentran estos edificios públicos en el mismo centro del bazar, es porque en este último lugar se reúne todo lo que tiene vida en la ciudad entera y en el campo. Las calles de una ciudad turca, están tan solas, como concurridos al exceso estos lugares. Todo negocio se trata aquí. Los mensajeros de las regiones lejanas; son los camellos, los que invariablemente al son de sus campanas colgadas al pescuezo, y en lo general amarrados los unos á los otros en hileras de cinco, son arreados por la ciudad y cargados sobre manera.

Con el fin de abrirles el paso necesario por entre la multitud, los conductores dan unos gritos fuertes, y montan en burro á la cabeza de la caravana, vestidos con el traje al estilo del país, y fumando sus "chibuques." Con frecuencia se vé uno obligado á correr y meterse á una barraca para abrirle paso á semejante procesion. La mayor parte de estas barracas están en una casa de madera, y se comunican las unas con las otras, y sobre estas hay escalones de cada lado que conducen al techo. Las vigas están visibles por todas partes, y conservan su color natural. Por la parte que dá á la calle, hay grandes y anchas entradas, como en las barracas de nuestras ferias anuales, solo que estas son en mayor escala.

De un lado habia un gran mostrador de madera, sobre el cual, generalmente, se sienta el mahometano, con las piernas cruzadas, rodeado de sus mercancías, fumando su "narghilé" y sorviendo su café de un pequeño plato.

Las nobles y simétricas cabezas de estos turcos, están cubiertas con el turbante, enroscado con gracia. Sus largas barbas les cuelgan sobre su traje turco, guarnecido de pieles. La pierna, hasta la rodilla, la llevan cubierta con un calzon blanco, ancho; y mas abajo, los ricos usan medias blancas; los pobres, sin embargo, llevan la pan-

torrilla descubierta: zapatos negros ó chinelas amarillas con la punta volteada hácia arriba, completan el traje. La impresion causada por un mahometano, bien sea rico ó pobre, es muy notable.

Las diversas mercancías están colgadas en unos postes de palo á la entrada de las barracas, y con una confusion variada. Los mejores lugares son donde se venden los materiales turcos, alfombras y vestidos. Entramos á varios de estos y nos divertimos viendo ese reposo indolente que tienen los turcos mientras se efectúa la venta. Tienen una confianza plena en la honradez del comprador, mientras que con los comerciantes griegos sucede al contrario, son sumamente bulliciosos y locuaces, siguiendo todos los movimientos del comprador con sus negros y perspicaces ojos.

Las alfombras, de las que compramos varias, en su mayor parte son de Persia, y se distinguen por el brillo de sus colores y la hermosura de sus modelos: su suavidad, como el abrigo que tienen, son bien conocidos. Los materiales para los vestidos y los chales, se hacen en una fábrica en Brussa; son muy flexibles y finos. Los precios de estos son sumamente bajos. Al principio nos azoramos con las grandes sumas de "piastras" que nos pidieron los turcos por cada artículo; pero

pronto nos explicaron que diez de estas piastras solo hacen un florin de moneda corriente. Se ostentan unos colores en el extremo esquisitos, y estos se encuentran en esos materiales bordados, cuyo objeto es emplearlos para chinelas, gorras, cojines y portamonedas. Un hermoso liston de seda amarilla, entretregido con hilo de oro, les da un brillo esquisito, que hace buan contraste con un fondo negro, colorado ó azul.

Hasta que salimos de las tiendas, tuvimos lugar de contemplar el gentio en las calles. Turcos, griegos, armenios é indios circulaban en nuestro derredor. Estos últimos se hacian mas notables por su expresion astuta é inteligente, la que formaba gran contraste con la buena índole de los turcos, especialmente cuando ambas naciones llevan el mismo traje. Las turcas andaban entre ellos con los ojos, la frente y las narices cubiertas con el velo negro, que, segun nos dijeron era mas trasparente conforme se ponian mas viejas. Desde la cabeza, al rededor de la barba y sobre el cuerpo, tenian colgando un paño blanco; abajo de este y hasta el tobillo, se veia el calzon de un azul claro, completando esto la chinela amarilla ó color de violeta. Las señoras van generalmente acompañadas de esclavas negras, las que tan solo están cubiertas con un trapo blanco y burdo,

MAXIMILIANO.—17.

exponiendo sus abultadas fisonomías a la vista de los hombres.

Uno de los espectáculos mas notables de la ciudad, son los famosos cargadores turcos: Estos individuos tienen en la espalda y en los hombros una especie de cojin como colchon, sobre los que llevan cargas del peso de un quintal. Nos dijeron que uno de estos podia cargar un piano así. El profesor G..... encontró á uno que llevaba un ajuar completo para una casa. Cuatro juntos pueden mover los pesos mas fabulosos sobre unas tiras gruesas y atravesadas.

Frecuentemente encontramos á mahometanos que llevaban turbantes verdes, los que parecen muy bien. Estos descendientes del Profeta se ven hoy reducidos á vender higos y melones en las calles de Esmirna. Así es como se levantan y como caen los grandes de la tierra!

Nos propusimos explorar completamente las diversas partes del bazar. La primera parte estaba dedicada á las verduras. Los montones de melones estaban en los puestos. Miles de cajones estaban llenos de higos, los que son amasados por los dedos de los musulmanes y despachados para los paladares europeos; grandes cantidades de magníficas pasas sultanas; bizcochos enormes, hechos

de harina y de miel: todo esto atrae la vista del hambriento y saca á luz muchos piastras.

Hay una clase de restauradores especiales, que tiene dos asadores perpendiculares, y que constantemente están dando de vueltas en esas tiendas. En uno de estos, y en forma de columna, hay unos carbones que hacen una enorme lumbrada. En el otro están colgados innumerables trozos de carne, y mediante estas dos columnas móviles, se asa el carnero para los mahometanos.

Algunos de los cajones del bazar están dedicados á la venta de joyas, entre las cuales se encuentran piedras gravadas con suma hermosura. Compré algunas de estas, entre ellas un talisman, en el que hice gravar mi nombre con letras turcas á un mahometano [que estaba cerca de una mezquita. Estas ricas obras del arte están expuestas al aire libre y en medio de la gente. Nos dió gusto la siguiente prueba de honradez turca en una joyería. El Príncipe J. habia visto en el aparador de cristal un anillo con un talisman verde. La hechura de la joya le agradó y deseaba comprarla, pero el dueño del anillo no se hallaba presente. Algunos de los vecinos se acercaron, abrieron por fuerza y le pusieron precio al anillo. El Príncipe creyó que era caro, pero comenzaron

á regatear y se efectuó la venta sin la presencia del dueño. En el mercado de fruta de Viena no se podía haber arreglado el negocio así; la policía se hubiera echado en el acto encima al grito de ¡ladrones! ¡ladrones! Solo en las naciones bárbaras, sin civilización, son practicables cosas semejantes.

Nos reimos bastante al encontrarnos con una escuela en medio de ese bullicio y confusión, en una de las barracas, en la que exponía á la venta sus conocimientos un maestro de escuela. El joven mahometano debe ser mas juicioso que los nuestros para serle posible el fijar su atención en la seria obra del Corán, rodeado de tantas distracciones; los gritos que provenían de estos muchachos, era cosa verdaderamente notable: tal vez eran dados con el objeto de ofuscar el ruido de los de afuera.

Causa una delicia grande el tender la vista por el bazar y sus espaciosos cuartos decorados con tanto gusto, y fijar esta al fin en un lugarcillo sombreado por los árboles, que viene á ser el punto central de cuatro ó cinco calles.

Los rayos solitarios del sol y un vislumbre del azulado cielo, penetran por las ventilas, dando mas tono al contraste de los colores orientales.

Y sin embargo, vaga la vista de un modo raro, y mira bajo esos techos entablonados, fijándose por entre esa semi-oscuridad de las aberturas, y encuentra los mas bonitos efectos de colorido y cambio de luz y sombra en estas regiones meridionales. Desde los trajes de las gentes, hasta las nubes del cielo, todo tiene fuerza y brillo; por consiguiente, el artista encuentra que el terreno es difícil, pero sin embargo, fecundo para su arte. He visto pocos cuadros en Europa que den una idea exacta del Oriente. Los pocos en los que se ha logrado esto no obstante, se les tiene por exageraciones.

Del bazar pasamos á una pequeña calle que estaba á nuestra espalda, de allí, á un campamento de camellos. Era un espectáculo muy interesante el ver de cuarenta á cincuenta de estos animales en grupos y posturas variadas, su color amarillento y como de tierra; apenas se distinguían del color del suelo adonde estaban echados. Este lugar estaba rodeado de unas casas sucias y en ruinas. Muchos de los animales mas pequeños andaban orgullosos entre los ya crecidos; era divertido el ver á estos pequeños que apenas tenían de altura cuatro piés, con unas piernas como zancos refregándose contra sus toscas madres. Un de nuestros guías sacó de su guarida a un peque

ñuelo de estos, para que le pudiéramos ver de cerca. Era muy manso, y parecía como si le fuera indiferente lo que le rodeaba, pero su madre nos echaba unas miradas de colera desagradables. Los camellos, de los que hay cosa de diez mil en Esmirna y sus cercanías, son traídos de la Crimea, adonde abundan. La altura de este animal es la de siete piés; el largo de la cabeza á la cola podrá ser de ocho piés. Tiene el cuerpo de un color pardo, muestra todos sus huesos y sus músculos y está cubierto por una piel gruesa, con muy poco pelo. Para montar, en Oriente solo se hace uso del dromedario, pero de estos no hay en Esmirna.

Los camellos se reservan para llevar carga. Sus enormes jorobas están ocultas por un cobertor, de donde penden de ambos lados unos canastos amarrados con unos fuertes cinchos. Se les alimenta con una masa seca, compuesta de una mala harina mezclada con agua.

Cuando demostramos al intérprete del Pachá nuestra admiración tocante al joven camello, nos aseguró que S. A. se lisonjearía regalándonos uno como este. La idea halagó á algunos de nuestros viajeros, y aunque hubiera sido muy fácil el transportarlo al buque, sin embargo, la mayoría se opuso.

Después de este episodio, regresamos al bazar para continuar haciendo nuestras diversas compras de los productos del país. Continuamente encontrábamos un interés nuevo en los variados cuadros que se presentaban al espectador.